

RLFP

Revista
Latinoamericana de
Filosofía
Política

Centro de Investigaciones Filosóficas

ISSN 2250-8619 • Vol. XIII • N° 2 • 2025 • Buenos Aires • Argentina

EL CAJÓN DE SORPRESAS DE RAZ

Santiago Legarre

SIMPOSIO

HOMENAJE A JOSEPH RAZ

Obituario

EL CAJÓN DE SORPRESAS DE RAZ

SANTIAGO LEGARRE

Facultad de Derecho – Universidad Católica Argentina

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina

santiagolegarre@uca.edu.ar

Se ha escrito tanto sobre Joseph Raz desde su triste muerte que, al decidirme a escribir también yo mis recuerdos sobre el gran profesor, me cuidaré –aunque ello venga a costa de cierta autorreferencialidad–, de solo contar cosas frescas y originales; o, al menos, cosas que no hayan sido publicadas antes “por ahí” (como se dice ahora a veces para referirse genéricamente a la nube, según me explicó alguien más joven). (Por cierto, entre todo lo que hay *por ahí*, me atrevo a recomendarle al lector el obituario a cargo de Timothy Endicott en el *Record* de Balliol College correspondiente a 2022.)

Cruzaba mi tercer trimestre de estudios en Oxford cuando el profesor John Finnis –el supervisor que, a pedido mío, me había asignado la universidad para guiarme en el doctorado– me comentó que viajaría a Estados Unidos, por clases en la Universidad de Notre Dame. Me explicó que los reglamentos de Oxford disponían, en situaciones de ausencia semejantes, la posibilidad de un “supervisor sustituto”. Para sorpresa mía, me preguntó si me gustaría tenerlo a Raz.

Creo que tanto Finnis como yo sabíamos que a esa altura del partido no era necesario, por tan poco tiempo, un sustituto; también por el estado de las comunicaciones, ya aceitadas a finales del siglo veinte. Me pareció más bien que mi maestro me “había tirado un centro”, como se dice ahora en el dialecto

argento: me regalaba la oportunidad de interactuar más de cerca, durante un par de meses, con uno de los más grandes entre los grandes.

Y digo “más de cerca”, porque para ese entonces a Raz ya lo conocía bastante, y él a mí también, algo: habíamos interactuado, más de una vez, en seminarios suyos de los que había participado los dos trimestres anteriores –uno de ellos, impartido justamente con Finnis: el célebre seminario de Filosofía Política y Jurídica de los miércoles a las 11 de la mañana, que hasta hacía poco había sido el “Seminario Dworkin-Finnis-Raz”; pero Dworkin acababa de partir a Londres cuando llegué a Oxford...–.

Escribí “había participado” en las clases de Raz, porque efectivamente daba lo mejor de mí para interactuar lo más posible en el aula, aunque me intimidaban, tanto el hombre que se tocaba permanentemente la larga barba grisácea (a quien apenas entendía de a ratos), como el altísimo nivel de mis compañeros (cuyas preguntas apenas entendía de a ratos).

En una ocasión, mientras Raz bajaba con su característico paso cansino las largas escaleras del edificio de St Cross, que alberga la Facultad de Derecho de Oxford –donde tenían lugar algunas de las clases tuyas (otras eran en Balliol College)–, me atreví a bajar a su lado y comentarle una conclusión que había obtenido, a raíz de algo que él había dicho ese día en clase. Lo hice con trepidación, que fue seguida, después de un largo silencio, de estas palabras de él, que me transmitieron cierto alivio: “Sí, es así, como usted ha concluido”. (Difícil, traducir el “*you*” que usó Raz entonces; aunque yo elegí aquí “usted”, podría él haberme querido tutear cuando lo emitió.) Enseguida agregó, con calma afable, aunque sin sonreír: “Pero esa conclusión no tiene gran importancia”; con lo cual mi conquista fue inmediatamente relativizada.

Y, a propósito de largos silencios, eran embargantes los que se escuchaban (o más bien, no se escuchaban) en el aula de la mesa redonda, donde tenían lugar los aludidos seminarios conjuntos de los *caballeros* Finnis y Raz. Ellos dos, sentados

uno al lado del otro en la cabecera inexistente, nunca hacían contacto visual; y durante esas prolongadas y frecuentes pausas, cada uno miraba algún punto distante o cercano, mientras los estudiantes nos mirábamos sin saber bien qué hacer. Era común que alguno de nosotros, con un comentario o pregunta bien intencionados, interrumpiera el silencio –y ese es el verbo correcto (“interrumpir”), pues casi siempre lo que seguía era que alguno de los dos profesores retomaba algún argumento sobre el cual había estado meditando durante el silencio finalmente extinguido, sin prestar atención alguna al comentario o la pregunta que había provocado la interrupción–.

Aprovecho para estampar, antes de proseguir, una impresión indeleble acerca de la relación entre estos dos *monstruos* de la Filosofía del Derecho: no solamente se tenían respeto y admiración, a pesar de sus diferencias. Siempre me pareció que, además, había entre ellos una linda amistad; y este parecer fue corroborado en mi ánimo por las sentidas palabras con las que me respondió Finnis, cuando le puse una línea para darle el pésame por la muerte de Joseph.

* * *

Finnis lo llamó a Raz, le preguntó si podía hacerse cargo del paquete argentino por algunas semanas, llenó un formulario, y en breve me llegó un correo con el anuncio de que se me había designado un supervisor sustituto, con el que debía entrar en contacto.

Sin perjuicio de la previa y de lo que siguió después (un fluido ida y vuelta de correos electrónicos), tuve durante ese período solo una reunión tutorial con el gran profesor, que estaba en Balliol College desde 1972 –y se quedaría allí hasta que unos años más tarde, en 2006, dejó su cargo en Oxford–. La finalidad del encuentro consistiría en conversar sobre el proyecto final de mi tesis doctoral. Fue un momento extenuante pero provechoso. Me llevó tanto tiempo sacarle el jugo a

la “devolución” de Raz que, cuando creí que lo había logrado, Finnis ya había regresado de los Estados Unidos, caducó con ello el nombramiento del supervisor sustituto y volvieron las aguas a su cauce habitual. Sin embargo, el vínculo que se había incoado con Joseph perduraría.

Me pareció conveniente viajar a Estados Unidos durante el verano entre el primer y el segundo año de mi doctorado. Dados los objetivos de mi investigación, la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York, se presentaba como un destino óptimo. Desde hacía poco, Raz era profesor visitante de la Facultad de Derecho de Columbia (más tarde pasaría a integrar el claustro, aunque sin abandonar su posición en Oxford) y se me ocurrió pedirle una mano para lograr que me recibieran allá como “*visiting scholar*”. Mi exsupervisor sustituto fue harto expeditivo, y en un abrir y un cerrar de ojos ya me habían escrito de Columbia para coordinar lo que hiciera falta.

Una vez en New York, lo vi poco a Joseph, que también había cruzado el charco ese verano. En una ocasión, pasé por su oficina y me llamó la atención que escuchaba radio. Usaba uno de esos aparatos a pilas, rectangulares y medianamente grandes. Bajó el volumen y aprovechó para invitarme a una reunión social en su departamento, a la que irían unos pocos amigos y alumnos suyos. Siempre lamenté haber tenido que perdermela, por motivos que ni siquiera recuerdo.

Ya sobre el final de mi estadía en Columbia, asistí a una clase de Raz que –nunca lo olvidaré– versó íntegramente sobre *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry.

En conjunto, ese viaje estival fue para mí una experiencia inolvidable. ¡Se la debo a Raz!

* * *

En 2004, volví a Oxford a realizar una estancia de investigación y a trabajar nuevamente con Finnis durante unos me-

ses. Les mandé con antelación un correo a mis profesores más cercanos, que me trataban ya como a un colega. La respuesta de Joseph Raz fue especialmente amable: me invitó a almorzar a Balliol. Compartí la *High Table* con los *fellows* de ese antiguo colegio universitario; todo un honor para quien poco antes había estado del otro lado del mostrador.

De acuerdo con costumbres inveteradas, luego del almuerzo me dirigí con mi anfitrión a tomar un café al *senior common room*. Raz se mostraba interesado en mis cosas y en mi país, con el cual lo había unido un lazo afectivo importante, muy principalmente por su amistad con Carlos Nino. Muerto Nino (ya hacía tiempo), Raz me comentó que ya no encontraba razones para volver a Argentina (aunque lo hizo unos años más tarde, para un “Liberty Fund” en las Cataratas del Iguazú). Aquello lo señaló con cierta nostalgia, aunque sin quejarse.

Luego fuimos a los “rooms” de Raz, palabra extraña esta, que se escribe siempre en plural, aun cuando haga referencia a algo singular. Los *rooms* son algo así como la oficina de cada *fellow*, aunque se parecen más a una gran habitación doméstica que a un espacio de trabajo.

Nos sentamos cada uno de lados opuestos de su gastado escritorio de madera y charlamos de cualquier cosa. De repente, Joseph abrió uno de los cajones que había de su lado del mueble, sacó una cámara fotográfica de las viejas y, sin previo aviso, me tomó una foto. En medio de mi desconcierto, y como sabía, pues era algo público, que él era un gran fotógrafo, se me ocurrió preguntarle si algún día podía pedirle esa placa para la solapa de alguno de los muchos libros que tenía pensado escribir. Sonrió afirmativamente, con esa sonrisa que, lo juro, puedo recrear a la perfección hoy, mientras interrumpo un momento la confección de este escrito y cierro los ojos.

Raz está muerto, pero vive en los recuerdos. En los míos y en los de tantos más a los que quiso bendecir con un cariño que solo derrochaba selectivamente. En cuanto a la foto de la que se están por cumplir veinte años, nunca la vi. Aunque algunos de mis *muchos* libros se concretaron, y aunque le pedí

a Joseph la placa en una de esas ocasiones, me respondió que no lograba encontrarla. Creo que no me hace falta perdonarlo.

Fecha de recepción, 4 de noviembre de 2023

Fecha de aceptación, 7 de diciembre de 2023